

1
EXCELSIOR

Junio 27/1927.

SERRANO HABLA AL MARGEN DEL GRAL. OBREGON

EXCELSIDA

Dice que el ex-Presidente. Me-
nos que Nadie. Tiene Dere-
cho a Sospechar de los Com-
ponentes del Ejército

JUN - 27/27
**QUIEN ES REACCIONARIO
Y QUIEN REVOLUCIONARIO**

“Cuando la República sea la
Calificadora Verá que Avie-
samente se ha Pretendido
Cambiar los Terrenos”

El señor general don Francisco
R. Serrano, candidato a la Presi-
dencia de la República, nos ha en-
viado las siguientes declaraciones,
bajo su firma, relacionadas con el
Manifiesto del señor general don
Alvaro Obregón, candidato también
a la Primera Magistratura:

“Es muy fácil adjudicar el título
de “reaccionario” y reservarse el
de único poseedor de la verdad y
del espíritu revolucionario, cuando
quienes califican son la ofuscación
y el atrofiamiento de un interesado
en la lucha que se inicia; pero,
cuando la República sea la califi-
cadora, se verá que, aviesamente,
se ha pretendido cambiar los terre-
nos.

Hay tanta inconsistencia, tanto
desaliño en el manifiesto del gene-
ral Obregón; se exhibe en él tanto
desequilibrio mental, que cuesta
trabajo convencerse de que se trata
del mismo hombre de 1920. ¿Por
qué engloba al actual Ejército con
la corrompida institución que llevó
ese nombre en la época de Victo-
riano Huerta? ¿Por qué prejuzga a
los componentes del actual Ejérci-
to que ha conquistado legítimos
laureles a fuerza de sacrificios y
dedicación y al que debe todas sus
glorias pasadas, que tanto pregona,
cuando lo juzga capaz de claudicar
en un cuchicheo? El general Obre-
gón, menos que nadie, tiene dere-
cho a considerar susceptibles de co-
rrupción a aquéllos en que en mu-
chas campañas le probaron que tie-
nen bien puesta su conciencia de
hombres rectos y honrados”.

“Lo de que no se trata de una
reelección o que las reformas de los
artículos 82 y 83 constitucionales
eran innecesarias, ya puede discutir-
lo con sus ardorosos partidarios
(esos sí verdaderos reaccionarios)
que llevaron a cabo tales reformas,
que nosotros, los revolucionarios de
verdad, buen cuidado tuvimos de no
mancharnos de esa ignominia.

“El general Obregón hubiera de-
seado que diésemos la espalda al
señor Presidente Calles, cuando el
grupo que se hace llamar Congre-
so, para satisfacer apremios esto-
macales, mutiló la Constitución. Es-
ta idea es tan peregrina y absur-
da, que no vale la pena tomarla en
serio; acusa una profunda ignoran-
cia de los deberes militares ante el
Primer Magistrado de la Nación y
un concepto muy equívoco de los
valores morales con que cuenta el
autor del manifiesto. Pero hay
otras muchas cosas tan absurdas y
peregrinas como esta; tantas, que,
ya digo: en todo el documento, no
aparece por ninguna parte, el an-
tiguo general Obregón.

F. R. SERRANO.”

DESPERTO INTERES EL MANIFIESTO DE OBREGON

1417-27-937
Exclusivo para EXCELSION

NOGALES, junio 20.—Ayer se recibió aquí un extenso manifiesto en el que el señor general don Alvaro Obregón expone los motivos que tuvo para aceptar su candidatura a la Presidencia de la República.

El documento fué oportunamente transmitido a las principales ciudades de la República.

Los corresponsales de los diarios norteamericanos lo transmitieron íntegro a sus respectivos periódicos.

Procedente de la metrópoli acaba de llegar aquí el señor Gonzalo de los Santos, quien hizo el viaje con objeto de visitar al general Obregón, en Nainari. Hoy tuvieron lugar los mitines obregonistas en esta y en otras poblaciones del Estado.

El manifiesto del general Obregón está siendo leído aquí con extraordinario interés.

LOS MARTIRES DE LA REVOLUCION

En una sesión de las que celebró la junta de caballeros particulares que actuó la semana pasada en el Tivoli del Eliseo, se dispusieron cinco minutos de silencio en honor de los "Mártires de la Revolución". Este silencio ayacado, laico y obligatorio, nos recuerda el que las gentes piadosas consagrán al santo o santa a quien dirigen preces en las novenas y triduos, y a cual están precisados cuantos rezan, desde el momento que el que guía la devoción declara "Aquí se hace la petición." Pero querer con otros abolir liturgias y prácticas procedentes del otro lado del Bravo, aunque sean tan ridículas como los tales minutos de silencio, es querer ponerle puertas al campo y declarar la guerra al afán de imitar las reuniones fúnebres que nuestros vecinos celebran y que nosotros hallamos muy conformes con nuestros gustos macabros, que todavía se orientan a reverenciar a la diosa Miquixtli de nuestros antepasados.

La lista que llamaron de "Mártires de la Revolución" pudo haberse aumentado enormemente y comprender ocho o diez veces más nombres que los que se proclamaron en la asamblea; pero aun considerándola atinada, cabal y segura, nosotros hallamos que el nombre que la encabezara no debía haber sido el de "Mártires de la Revolución", sino el de "Martirizados por la Revolución".

Entre esos muertos más o menos gloriosos, sólo lamentamos una falta o por mejor decir varias faltas: la del valiente coronel o general, que el grado no importa, Félix Gómez y sus subalternos, que perecieron en el Carrizal defendiendo el territorio de la patria y su integridad, vulnerados por la expedición punitiva que Carranza había provocado mediante su comportamiento inconsulto. Quizás los nombres de Félix Gómez y de los suyos hubieran traído un aura de pureza, de mansedumbre y de serenidad a la asamblea netamente partidaria y empleomaníaca que se estaba celebrando.

El martirio supone que el martirizado expone y ofrece voluntariamente su vida por una idea, por una causa, por un propósito, buenos o malos, justos o injustos, razonables o equivocados, y de los mejores y de más subidos quilates es el sacrificio de Gómez. Pero en cambio nadie ha reputado mártires a los desgraciados que caen víctimas de un atraco, de una riña o de un atropellamiento de camión.

Cuando Zapata sucumbió por las insidias del coronel Guajardo, se proponía correr una mediana cuchipanda a estilo del Sur, con cantadoras, aguardiente, baraja y baile hasta el amanecer.

Don Venustiano Carranza no tenía maldita la gana de alcanzar la corona del martirio en Tlaxcalantongo, sino el deseo, por cierto no irrealizable si buena estrella le hubiera ayudado, de llegar hasta la costa atlántica, y si no apoderarse de los puertos de Tampico, Tuxpan o algún otro, para revolucionar en las Huastecas, constituyéndose en banderín de enganche y en cabeza visible de un movimiento antiaguaprietense.

El mismo Madero renunció el puesto que lo había llevado a tan triste afinamiento, pidió y obtuvo seguridades para salir del país, estuvo a su disposición una máquina encendida en los patios del Ferrocarril Mexicano, y hasta su amigo el Ministro Márquez Sterling amenazó con un desembarco de marinos cubanos en las playas de Veracruz, so pretexto de proteger los intereses de sus nacionales, como si el Ministro hubiera sido algún Mister González y contado con el "California", el "Iowa" y toda la flota de Guantánamo.

* * *

Pero mártires o no mártires los invocados, lo que no se explica es cómo y para qué se reúnen nombres que, como de los primeros independientes, decía don Lucas Alamán: "si aquellas cenizas pudieran dar alguna señal de animación, sería para separarse, como la historia de los tiempos heroicos de la Grecia refiere que

se separaron las llamas de la hoguera en que se pusieron los cuerpos de los dos hermanos Eteocles y Polinice, en la guerra de Tebas."

La asamblea era de carrancistas resellados o con ejecutorias sin mancha, y el nombre de Carranza alcanzó al anunciarse, palmas, vivas, purros, sombreros en el tendido y aplausos de todo género.

Si Carranza fue un "civilista" (vaya palabra), si fue un presidente modelo, si fue un mártir, cómo se menciona a su lado a otros mártires que debido al empeño y solicitud de don Venustiano alcanzaron el martirio?

Que Carranza no le hubiera puesto a Emiliano Zapata aquella indigna celada, y a esta hora estaríamos deleitándonos con la florida palabra del hombre del Plan de Ayala. Quizás diríamos como Fray Luis:

¿Quién oyó tu dulzura

Que no tendrá por sordo y desventura?

Pancho Villa, "el sublime bandido", como le llamó en la Convención un enemigo del vejatorio apollado de la propiedad, si se hubiera encontrado vivo a Carranza pronto lo habría hecho pasar "ad patres"; y si Carranza hubiera podido dejar seco a Pancho Villa, también lo habría hecho marchar a la eternidad en calidad de mártir.

Felipe Angelés, que fue sujetado a un juicio inicuo (así lo aseguran sus amigos) por orden de Carranza, tiene ahora que hembraarse con el espíritu del autor del Plan de Guadalupe, que lo mandó matar sin admitir súplicas y antes bien haciendo algunas trampas legales.

Eufemio Zapata, que a lo que dicen murió antes que su hermano, también tendrá que caminar atrallado a la vera de Carranza por cuyas órdenes pasó al otro mundo.

¿Por qué se incluyó entre los mártires a Salvador Alvarado, a Manuel Diéguez y a otros que murieron en la algarada delahuertista de hace cuatro años? No creemos que con la falta de esos brillantes administradores y capitanes extraordinarios hayan perdido nada la humanidad, el país, la Revolución o alguna entidad física o metafísica; pero aunque así hubiera sido, esos sujetos perecieron en acciones de guerra, a las cuales entraron con pleno conocimiento de lo que podía ocurrirles. No fueron engañados ni contaban con fuerzas inferiores a las de sus contrarios, y por consecuencia su muerte fue obra de azares que provocaron ellos mismos, levantándose en contra de un gobierno reconocido en todo el país.

Lo curioso es que de toda la lista que publican los periódicos como mártires evocados a la hora de registrar las bajas que ha hecho la muerte en las filas de la causa, sólo tres acabaron a manos de reaccionarios: el Presidente Madero, el Vicepresidente Pino Suárez y el doctor Domínguez.

A este sí no le podemos negar el dictado de mártir, aunque si le neguemos el de patriota esclarecido y hombre discreto. Si el doctor quería dejar al país, como parece por su deshilvanada arenga, un ejemplo de valor y de dignidad, le habría bastado con provocar una entrevista con el general Huerta. Este le habría recibido sin tardanza, y ya en presencia del usurpador podría con fruto intentar un tiranicidio que habría coronado sus deseos si alcanzaba éxito favorable, y que si era desfavorable no le habría acarreado mal mayor que la muerte. Pero no debemos ser exigentes con los mártires, y si el doctor Domínguez no dejó un cadáver de presidente sino el suyo propio y por contera un mal discurso, no por eso fue menor el sacrificio.

La vieja y manoseada frase de Mirabeau, de que la revolución, como Saturno, devora a sus propios hijos, tiene ahora cabal cumplimiento. Y eso que no contamos en la lista a J. Isabel Robles, a varios Herreras, a Aguirre Benavides y a otros innumerables mártires de Zaragoza que habrían engrosado la lista que, confesó la directiva, estaba hecha de prisa y a última hora.

Manifiestos de los Presidenciables

La Constitución Política de este que en la jerga oficial se llama los Estados Unidos Mexicanos, quiere que cada cuatro años se renueve el puesto de Presidente. Y vamos a renovarlo, pues; nos estamos preparando a ello. Tenemos candidatos, programas, promesas, juramentos; hubo convenciones, discursos, manifiestos.

Y todo esto, por su esencial significación política, por el momento actual, por las personas que entran en la liza, es nudo de los acontecimientos, quizás el principal, que con más interés debemos ver los mexicanos.

¿Los mexicanos? Hasta ahora, y no sabemos hasta cuándo, el mexicano verdad, el que tiene fincada aquí su casa, sus tradiciones familiares, y el único que por esto puede tener amor a la patria, interés cívico, ha sido desdenado, humillado, insultado. Pero no porque se le haga vivir emigrado en su propio país el mexicano verdadero debe desinteresarse de la política; todo lo contrario, su amor a México, la conciencia de sus desgracias, la vida imposible que llevan aquí las gentes decentes, le han de forzar a intervenir en la cosa pública, a no ver con indiferencia los juegos políticos.

¿Cómo debemos juzgar los actuales acontecimientos?

Se habla de nación, de pueblo, de mayorías, de desheredados, de felicidad. ¿Qué debemos creer de todo esto? La nación mexicana, una comunidad de intereses convergentes, unidos por su base y por sus resultados, ni social, ni política, ni individualmente existe. Es una palabra, una ficción de locos, unos renglones de letras de imprenta cuya realidad no sobrepasa la tinta con que

están escritos. Cuando los manifiestos se dirigen a la nación en realidad no se dirigen a NADIE.

¿Y el pueblo y las mayorías? Pero si no hay comunidad, si no hay nación, ¿cómo vamos a poder los mexicanos, los que vivimos en este país, agruparnos, ser una fuerza cívica?

¿Desheredados? Todos los somos, unos porque nos han quitado nuestro patrimonio y otros porque nunca lo tuvieron. Las riquezas no existen y mal puede repartirse lo que se ha derrochado, lo que se ha destruido. Los mexicanos podremos disfrutar de bienes, cuando estos bienes existan, y para que existan, necesitamos crearlos, y para crearlos necesitamos vivir en unidad, y para vivir en unidad necesitamos patria, y para que haya patria se necesita que todos, Gobierno, instituciones, familias, particulares, coordinen sus esfuerzos.

¿Y la felicidad? Todos los candidatos presidenciales identifican el bien de la patria, la felicidad de los mexicanos, con sus propias ideas exclusivistas, partidarias, de tribu. De aquí que, al triunfar, sean quienes sean, su partido, sus hombres, sus "ideologías" mezquinas, se consideren como la correspondencia forzosa de los intereses de todos los mexicanos. De aquí también que la cosa pública, la RES PUBLICA, no sea en sus manos sino un BOTIN.

Una nación no se improvisa cada cuatro años. México podía haber sido ya a estas fechas una verdadera comunidad de cultura y de bienestar material. No lo ha sido precisamente porque cada revolución salvadora y cada elección, borrona su fisonomía; pero esa fisonomía la conservamos los verdaderos mexicanos.

Los verdaderos mexicanos somos muy pocos. Comprender México, entre tanta nebulosidad y concupiscentencia, como lo agita y esconde hoy en día, no es tan fácil. Se necesita ser de esta tierra, participar por herencia, por estudio; por amor, de la obra de construcción de nuestros antepasados. El mexicano verdad es el que siendo de hoy es también de ayer y será de mañana; asumir, vivir la continuidad de nuestra historia, y de la historia verdadera, es la única manera de tener civismo, o sea interés vigilante en la cosa pública. Defender la ciudad—**DEFENDERE CIVITATEM**—, o sea defender el bien común, antes que defender el bien particular o el de la tribu, es la única manera de ser patriota.

Y el bien común, el que nos predicam y nos prometen y el que realizan, es ante todo el bien de la **FACCION**. Ver a México a través de la tribu es engañarse y engañar a los demás. La historia es una ciencia; la política es una ciencia, y la ciencia, en historia y en política, busca y encuentra **PRINCIPIOS**, bases seguras. Por esto el bien común, el verdadero, está por encima de los partidos.

Ningún partido en México, menos aún ahora en que la ambición desmedida es el eje de todo, ha tenido la **HONRADEZ** suficiente para poder ver convisión precisa lo que es el verdadero bien de México. Todo es partidista, todo es personalista.

Don Alvaro Obregón, general revolucionario y ex Presidente, a pesar de sus aires de serenidad, es, como todos los jefes de tribu, y de tribus que pelean, apasionado, partidista.

En su manifiesto se dirige a la nación. Ya sabemos que la nación

no existe. Pero para él la nación se identifica con la Revolución y ésta, querámoslo o no, **SI EXISTE**. ¿Qué es la Revolución? La felicidad de los mexicanos, la desaparición de los desheredados, el reino de las mayorías; pero todo esto nada más en palabras, y para no ser maliciosos, como aconseja San Pablo, quizás también en las buenas intenciones. Porque la Revolución es miseria, robos, asesinatos, éxodo de mexicanos, y esto no es "ideología", son hechos y contra hechos no hay argumentos: **CONTRA FACTA NON SUNT NAINARII MANIFESTA**.

¿Por qué vuelve el general Obregón a la política?

Hace tiempo, cuando los serviles iniciaron la agitación electoral, el general Obregón dijo que, si la amenaza de la reacción se lo exigía, él volvería a la vida pública. Y aquí le tenemos ya al aceptar su candidatura. ¿Qué hay de la reacción?

Amenaza, según él, y nada menos que con los generales Serrano y Gómez. Pero las tribus de estos generales también dicen que es un triunfo de la reacción el reeleccionismo. Y cosa curiosa, don Porfirio fué la reacción, Huerta fué la reacción; Carranza fué la reacción, De la Huerta fué la reacción; ahora, Obregón para los antireeleccionistas, y Serrano y Gómez para los obregonistas, son la reacción.

Reacción se opone a Revolución, desde luego; por esto, los que pretenden ser revolucionarios ortodoxos tildan a sus enemigos de reaccionarios. ¿No es un tema para serias reflexiones el que la reacción ande mezclada entre gente tan disímula? ¿Por qué se dice que Gómez y Serrano, que Obregón y que Carranza son reaccionarios?

El general Obregón pretende salvar la obra revolucionaria. ¿De qué la salva? De la reacción, contesta. Luego la reacción no es un espantajo.

Y así como nosotros reconocemos que la Revolución existe, así también los revolucionarios reconocen que la reacción es una realidad. Preciosa confesión, por cierto. Y para acabar con esa reacción se enfrentan y se combaten los generales de la misma Revolución. Curioso.

Los reaccionarios verdad, los que combatimos la obra destructiva y antipatriótica de la Revolución, nos alegramos porque es la misma Revolución la que lucha, la que se aniquila entre sí.

La reacción, la verdadera: la REACCION con mayúsculas, es la que, en todo, en doctrina, en historia, en arte, en sentimiento, en prácticas, se opone, y no con otra cosa sino con la razón y la verdad, a la obra de anarquía y de destrucción. Esta reacción es el bien propio, el patrimonio moral, las bases del bien común, de la verdadera, de la única MEXICANIDAD, que defienden los pocos que somos mexicanos.

Esta reacción se aplica a la política, casi toda, del México independiente.

La esencia de la Revolución, que empieza con Hidalgo, es el aniquilamiento, el derroche, el desenfreno. La Revolución sólo destruye; la violencia, que le es inseparable, no puede acompañarla, no puede hacer que obre, sino es por la destrucción. Cuando una Revolución construye, o es mentira, o ha cesado de ser Revolución. La nuestra, la actual, ha destruído; sigue destruyendo, y la prueba es que sus hombres se lanzan mutuamente el anatema de reaccionarios. Los unos a los otros se van a destruir.

¿Pero por qué Serrano y Gómez son reaccionarios? ¿Acaso han construído? Hasta ayer eran miembros de la Administración, por lo mismo con título de revolucionarismo. Si ahora son reaccionarios es que los hemos COMPRADO. Grave cargo.

¿Y Obregón? Es reaccionario porque es BURGUES, porque en su conducta, en su trabajo, en sus actividades particulares, ha negado todo lo que significa la Revolución.

Pero, en fin, tendremos elecciones. Y es un error creer que los mexicanos votamos. La lucha democrática, el ungüento popular con que se dice está ungido el electo, son mentiras, engaños viles. Bastaría el hecho de que la inmensa mayoría de los políticos militantes sean MILI-

TARES para colegir que México está, ha estado y estará en sus manos. ¿A qué viene, pues, lo de voto libre, lo de pueblo soberano, lo de nación, etc., etc.?

De todas estas cosas que ahora sugieren las elecciones, los manifiestos y las personas de los candidatos, se puede y se debe hablar extensamente. Todos nos han prometido LIBERTAD DE PRENSA, como si fuera un gran mérito el prometer una cosa que está en las prácticas de los pueblos civilizados. Y hasta es ridículo prometer tales cosas, si no es que con esa promesa se confiese implícitamente que en México no se tienen habitualmente las garantías rudimentarias de la vida. Prometer LIBERTAD DE PRENSA es tanto como prometer que podremos ir a comprar tranquilamente nuestros comestibles a la tienda de la esquina.

Así estamos en México. Y se nos habla de tiranía y de las conquistas de la Revolución.